

LA ESPADA FULGURANTE

LEV GROSSMAN

«Vais a alucinar.»
George R. R. Martin



DESTINO

La espada fulgurante

Una novela
del rey Arturo

Lev
Grossman

Traducción de
Julio Hermoso

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1704

Título original: *The Bright Sword*

© Lev Grossman, 2024

© por la traducción del inglés, Julio Hermoso, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2025

ISBN: 978-84-233-6799-3

Depósito legal: B. 8.936-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint By Domingo, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



I

De azur, tres cetros y un cabrio de oro

Con la espada bien asida en el guantelete, Collum golpeó con el pomo en el rostro del otro caballero, tan fuerte que dejó marcados los nudillos en el metal oscuro labrado. Aun así, su oponente no dio la menor muestra de tambalearse ni de rendirse ante él. Susurró un juramento e insistió con una patada hacia el tobillo, pero falló, estuvo a punto de caerse, y el otro caballero giró con elegancia y le arreó tal mamporro en la cabeza que le zumbaron los oídos. Habría dado un millar de libras por poder enjugarse el sudor de los ojos, pero tampoco es que las tuviese. Sus posesiones sumaban tres chelines y dos peniques de plata, exactamente.

Los dos hombres retrocedieron y se desplazaron en círculos el uno frente al otro con los espadones en ristre, pasando de guardia en guardia entre los intensos fogonazos del resplandor del sol que se reflejaba cegador en las hojas de acero. Soltaron los escudos tras la acometida para tener ambas manos libres. Ningún error ahora, pensó Collum. *Círculos, nada de líneas rectas*, le susurró el mariscal Aucassin en sus pensamientos. *Vigila el cuerpo, no la espada*. Descargó un tajo en diagonal que rebotó inofensivo en el hombro de su rival. El interior de su yelmo era un horno, nítidos los olores del heno, el sudor y el cuero sin curtir. Había llegado has-

ta aquí para ponerse a prueba contra la flor y nata de la caballería britana, los más grandiosos caballeros del mundo, y por Dios que había encontrado lo que buscaba. Le estaban dando una buena tunda.

Ambos se movían ligeros entre fintas y amagos, sin llegar a apoyar los talones en el suelo, y cada minúsculo movimiento rompía el silencio de la pradera con los quejidos, tintineos y golpes metálicos de sus armaduras; incluso las puntas de las espadas arrancaban un leve zumbido al cortar aquel aire sofocante. ¿Por qué? ¿Por qué había pensado que aquello era una buena idea? ¿Por qué no se había quedado en Mull? Collum sentía el picor de la insolación en la base de la nuca. No estaban peleando a muerte, pero si perdía, perdería su caballo y su armadura, y no se había tomado tantísimas molestias a la hora de robárselos a lord Alasdair para entregárselos ahora a un caballero sin nombre que probablemente tendría media docena de repuesto esperándolo en su acogedor castillo.

Y sin su caballo y su armadura, Collum no era nadie ni era nada. Un huérfano y un bastardo, más pobre que las ratas y muy lejos de su casa. Y jamás podría regresar, ya se había asegurado de ello a base de bien, ¿verdad que sí?

Ni siquiera sabía contra quién estaba combatiendo. Se había tropezado con él por pura casualidad, o tal vez fuese por voluntad de Dios —mil gracias, como siempre—; estaba sentado bajo un fresno torcido en una pradera con la cabeza apoyada en las manos, como si el peso de los rayos del sol le resultara excesivo. El hombre había alzado la mirada y le había desafiado a voces. ¿De verdad aún quedaba alguien que siguiese haciéndolo? Parecía sacado de las historias de antaño. Fuera quien fuese, era un caballero de la vieja escuela.

La armadura también era anticuada, con un peto de acero negro adamascado con finas volutas de plata y una rosa en el centro. La armadura de un hombre rico. Un noble. Lucía un yelmo apuntado hacia el frente como si fuera un pico y, lo mismo que Collum, portaba el *vergescu*, el escudo blanco de un caballero bisono. Collum lo llevaba porque, tal y como había intentado explicarle, él no era oficialmente un caballero, todavía no: no había hecho los votos. Pero había otros motivos para llevar el «escudo virgen» del *vergescu*, como el deseo de ocultar tu identidad o haber caído en desgracia. También sir Lanzarote lo llevaba a veces porque, si no, nadie lucharía contra él.

Este hombre no era Lanzarote, pero, demonios, era bastante bueno. Ni rastro de bisonéz. Collum era más alto, pero el caballero misterioso era más rápido: apenas lo vio moverse, y de repente, ¡zas!, perdió la sensibilidad en la muñeca y, ¡pim!, una clavija minúscula de sujeción salió volando de su guantelete y desapareció para siempre entre la hierba. El caballero se situó claramente dentro del radio de alcance de Collum e intentó agarrarlo por la muñeca con la mano libre, Collum retrocedió de un salto, jadeando como un fuelle, pero tropezó y el hombre arremetió con una estocada por la rendija donde el guardabrazo de Collum se había desencajado y raspó una limadura con forma de rizo de acero brillante.

Insistió en su situación de ventaja y descargó un golpe de revés hacia la cabeza de Collum que falló por un pelo...

Ahí estaba. El caballero permitió que su insistencia le arrastrase un poco más allá de donde debía. Estaba cansado, o se había dejado llevar por el entusiasmo, el caso es que no pudo refrenar el golpe y perdió el equi-

librio. La sangre de Collum hirvió con un fulgor marcial y, con sus últimas fuerzas, descargó el guantelete con el puño cerrado en un ¡PANG! contra el lateral del yelmo del caballero. Lo repitió dos veces más: ¡PANG!, ¡PANG! Eso fue todo cuanto necesitó para alcanzar esa otra situación, aquella que le hacía sentirse como un pequeño dios de acero, sólido y bruñado, donde nada ni nadie podía hacerle frente, y menos aún aquel desgraciado blando y tambaleante que veía ahora ante él. Collum se repuso y descargó un golpe limpio de espada a dos manos, alto y horizontal, que hizo girar de golpe la cabeza del caballero y lo sentó de culo en la hierba.

Sir Vergescu intentó levantar la espada, pero la dejó caer de nuevo como si las hadas del bosque la hubieran maldecido para que pesara un quintal. Collum se permitió un descanso, inclinado hacia delante con los brazos en jarras y sin resuello. El sudor le escocía en los ojos, se le acumulaba bajo el labio y le goteaba de la barbilla. ¿Había vencido? ¿De verdad había vencido? El hombre continuaba allí sentado. Había vencido.

Se dejó caer sobre una rodilla y apoyó la parte superior de su yelmo contra la cruz de la guarda de la espada. ¡Gracias a Dios todopoderoso en las alturas! ¡Gracias, Señor, por concederle a tu humilde servidor una victoria tan impresionante, joder! Se había enfrentado a un caballero britano en un campo de heno de Britania y había vencido. Podría conservar su valiosa armadura, al menos por el momento. En la oscuridad del interior de su yelmo, unas lágrimas poco caballerescas le escocían en los ojos. En algún lugar dentro de él había una fortaleza que siempre había ansiado pero en la que jamás había creído. No en serio. No de corazón.

¿O acaso no estaba ahí? ¿No había algo en aquella victoria que parecía un pelín demasiado fácil? Collum se quitó de la cabeza esa idea tan desagradable, sorbió con la nariz y se apoyó para ponerse de nuevo en pie.

—Habéis combatido bien, señor —dijo—. ¿Os rendís?

Collum pensaba en gaélico, la lengua del norte, pero en esta ocasión utilizó el latín más romano, el más cortesano y correcto del que fue capaz.

El hombre no respondió. Aquel yelmo de pico de pájaro seguía mirándolo con indolencia. Tenía un aire burlón y un tanto divertido.

Es más, ahora que Collum disponía de un segundo para fijarse bien, la pinta de aquel hombre era más extraña de lo que se había percatado. La armadura le ocultaba el rostro, pero en otros sentidos hablaba a gritos. Toda clase de arañazos cubrían la rosa de tono plateado en su pechera: alguien la había rallado con un clavo o con una piedra afilada. En lo alto del yelmo, donde debía llevar el favor de alguna dama, lucía una madeja enredada de hierbas secas.

La cota de malla mostraba franjas de óxido allá donde las piezas de la armadura se superponían y retenían la humedad. El acogedor castillo de sir Vergescu estaba lejos, si es que lo tenía. Debía de llevar mucho tiempo fuera de casa. Quizá no fuese tan distinto de Collum, a fin de cuentas.

Collum sacudió los guanteletes para quitárselos, buscó a ciegas con los dedos desnudos las correas y hebillas en la parte posterior de la cabeza, se quitó el yelmo de golpe y lo arrojó sobre la hierba. El verde amarillento de la luz chillona del mundo exterior cayó sobre él desde todas las direcciones. Se llevó ambas manos a la cara y se la frotó con vigor. El aire caliente del verano

le produjo una maravillosa sensación de frescor. La excitación por la victoria comenzaba a remitir, y regresaban el calor, el hambre y la sed. Le flaqueaban las rodillas. No había comido nada en dos días.

Esperaba que aquel hombre no estuviese herido. Lo cierto es que tenía muchas ganas de charlar con él. Analizar el combate, hablar sobre el gremio. Tal vez él supiese cómo estaban las cosas por Camelot. Hasta podría conocer a sir Bleoberys de la Tabla Redonda.

—Habéis combatido bien, señor —repitió Collum—. ¿Os rendís por fin ante mí?

—Que te den por culo.

El hombre tenía una voz ronca, de agotamiento. En algún lugar sonó el canto de una cogujada: *luu-luu-luu plooiiit plooiiit plooiiit*.

—¿Perdón?

—Por culo. —El suyo era un latín sorprendentemente refinado, mucho mejor que el de Collum—. Que. Te. Den.

Por lo visto, al final no iban a tener esa charla.

—No es digno eso que decís, señor. —Collum carraspeó para aclararse la garganta—. Os lo vuelvo a preguntar: ¿os rendís por fin ante mí?

—Bueno, eso dependerá —respondió el hombre— de si ya te han dado bien por el culo o no.

Estaba enfadado, eso era obvio. Caer derrotado ante un aspirante a caballero tan inexperto era una vergüenza, y bien sabía Dios que el propio Collum no habría querido caer derrotado ante alguien como él mismo. Pero aquel combate tampoco había sido idea suya, ¿no?

Quizá sí estuviese herido, al fin y al cabo. Tal vez le doliese algo. Collum extendió la mano para ayudarlo a ponerse en pie, y el caballero misterioso alargó tam-

bién la suya... para agarrarle por la muñeca en un movimiento rápido como el de un lagarto y, con la otra mano, desenvainó algo fino y oscuro que llevaba en el cinto —una misericordia, un puñal largo y estrecho diseñado para deslizarlo entre las planchas de una armadura— y lo dirigió hacia la entrepierna de Collum.

Por puro instinto, Collum giró la cadera y recibió el golpe con elegancia sobre el faldón de acero de la escarcela. Sujetó la mano del puñal y, por un breve instante, forcejearon el uno contra el otro, temblorosos. El caballero lanzó una patada a los tobillos de Collum para tirarlo al suelo y se arrojó sobre él con todo su peso. Collum soltó sin querer la mano del puñal y, ¡Dios bendito!, le entró el pánico, buscó a tientas y consiguió volver a agarrarla justo a tiempo para evitar que le rajaran el cuello.

Lanzó el otro brazo para rodear por los hombros a su oponente, empujó hacia arriba con las caderas y logró rodar para quedar sobre él.

—¡Por los clavos de Cristo, basta ya! —se le quebró la voz en un grito de histeria—. ¡Rendíos de una vez!

Collum buscó a tientas su propio puñal y lo introdujo por la abertura del yelmo del caballero. El hombre tembló como un conejo en un cepo, intentó arañarle la cara y sacudírselo con la cadera. Luego tosió una sola vez y se quedó inmóvil.

Los insectos zumbaban ensordecedores, como un sonajero de semillas en una vaina seca, mientras los rayos dorados de un sol campestre formaban unas columnas silenciosas que poco a poco quemaban el verdor de la hierba timotea para convertirla en heno.

El caballero yacía en el suelo como si hubiera caído allí mismo desde una gran altura.

Válgame Dios. Collum se ayudó de las manos para

ponerse rápidamente en pie, con la respiración agitada. Maldito seáis, caballero deshonroso. Collum no había matado nunca a nadie. Que el Señor se apiade de ambos.

Con un estertor de la pierna, aquel hombre dejó de moverse para siempre. La única parte de su cuerpo que quedaba a la vista era la mano, pálida como un pez, que se había desenguantado para empuñar la misericordia. Tenía manchas marrones en el reverso, algunas venas azules muy marcadas. Sir Misericordia no era ningún pipiolo.

Ahora estaba muerto, y todo eso ¿para qué? Para nada. Un divertimento, un juego para un público inexistente, en un campo desierto.

Y pensar que apenas estaban a un día de camino a caballo de Camelot, el sol que bañaba toda Britania con la dorada luz de las caballerías.

—Señor, ten piedad —susurró Collum.

Una hora antes era un don nadie, después un héroe, y ahora era un asesino. Permaneció allí de pie un largo rato, a saber cuánto. Pasó una nube y ocultó el sol. Los dos caballos, el suyo y el del caballero, lo miraban indiferentes con aquellos ojos de largas pestañas.

Collum se arrodilló y se estremeció al extraer su puñal del ojo del caballero. Se acercó al lugar donde yacía boca abajo el escudo del caballero caído, sobre la hierba enmarañada, y le dio la vuelta con la punta del pie. Aún se adivinaban las armas bajo la mano apresurada de pintura blanca: de azur, tres cetros y un cabrio de oro.